

Autonomía, autogobierno y autogestión integral de la vida, como alternativas políticas

Mónica Gallegos Ramírez*

Resumen

El presente artículo propone que autonomía y autogestión integral, siempre como proyectos abiertos y en construcción, suponen autogobierno y auto-organización en todas las áreas de la vida social; ambas se constituyen en las únicas respuestas políticas posibles a ensayar desde todos los espacios sociales, frente a la debacle de la política institucional –y de sus clases dirigentes–, cuyas expresiones agrupamos bajo el término democracia, al que luego aderezamos con calificativos como representativa, participativa, deliberativa, procedimental, etc., para dar cuenta de sus características y supuestas cualidades, pero sin que ninguno de ellos cambie sustancialmente su naturaleza y finalidad: contribuir por todos los medios posibles –siempre violentos–, a la reproducción de la sociedad capitalista y de las condiciones que favorecen a su privilegiada minoría.

Palabras clave: Autonomía, autogobierno, autogestión integral de la vida.

* Profesora-Investigadora, DEILA-DEES-CUCSH, Universidad de Guadalajara.
Contacto: monigk4@gmail.com

Introducción

Creemos que hay que establecer un punto de partida en este trabajo: el autogobierno, la auto-organización y la autogestión de la vida toda, es decir, la autonomía (entendida siempre como un proceso abierto e inacabado), resultan indispensables y se constituyen en la única alternativa frente a la degradación absoluta, evidente y descarada de la política institucional; degradación que es una característica propia de su funcionamiento en el estado y la sociedad capitalistas, aunque adquiere expresiones particulares en cada espacio-tiempo.

Cuando se habla aquí de *degradación* no nos referimos a la pérdida de cualidades “superiores” que la política institucional tenía en el pasado, que se añoran y, por tanto, que se recuperarían volviendo a los “estados benefactores” o “populares”, según la geografía de la que se hable; ni se trata tampoco de una atrofia, desviación o problema, en el sentido de que se puede “corregir” aumentando controles, transparencias, rendiciones de cuentas, participaciones y deliberaciones ciudadanas; eliminando “de raíz” corrupciones e impunidades; o, siguiendo recomendaciones “de expertos”, que incidan en mayores calidades democráticas; ni simplemente exigiendo que se cumpla el respeto de derechos, de leyes, de constituciones, de “estados de derecho”... ¡NO!

En los tiempos actuales, en los que se han venido dificultando la reproducción de la sociabilidad capitalista como un *todo civilizatorio* y, en particular, sus procesos de obtención, expansión y garantía de la ganancia para su acumulación permanente, lo que la *degradación* de la política significa es que, cada vez más, queda descubierta su naturaleza real, y se evidencia que la política institucional y sus clases dirigentes están claramente a favor de estos procesos y se benefician de ellos; así que, en la medida en que las acciones de “ciertos” grupos

sociales (aunque sean mayoritarios) los dificulten u obstaculicen, se acudirá en forma cada vez más abierta a las violencias represivas directas contra los mismos –privilegiando las acciones de desaparición y exterminio–, para garantizar la reproducción y ampliación de dichos procesos. Además del mantenimiento del ejercicio de las “otras” violencias (económica, simbólica, ideológica, política, cultural, legal, policial, etcétera.) junto con el abuso del poder, el enriquecimiento descarado y la criminalidad, como constantes que se dan dentro de los propios marcos de la política institucional, al tiempo que produce un sinfín de discursos y se invierten enormes cantidades de recursos para simular el combate a todos estos abusos.

Abordaremos estas cuestiones con un poco más de profundidad en este texto. Partimos de la caracterización del escenario en el que estamos inmersos y señalamos algunos de los desafíos que se presentan ante a la crisis civilizatoria que enfrentamos, la cual está implicando el exterminio de la vida (humana y no humana). Al mismo tiempo, enunciamos cómo creemos que autonomía y autogestión integral de la vida se van constituyendo en alternativas viables; es decir, en las formas de auto-organización política y de todo tipo que podrían hacer prevalecer la vida, en nuestro país y en América Latina, pero no solo.

I

A casi cuatro décadas de la desaparición de los horizontes utópicos planteados por las llamadas izquierdas revolucionarias, que sucedió casi al mismo tiempo que se instrumentaban por primera vez las políticas de corte neoliberal en la región, apenas en los últimos años se comenzó a aceptar de manera más amplia, el evidente fracaso de las ideas y las políticas neoliberales, que se manifestó no sólo en la

frustración de amplios sectores de las sociedades latinoamericanas que reclamaron el “cambio de rumbo” de las políticas económicas y sociales, sino también en las prácticas de grupos indígenas y campesinos que retomaron con más fuerza la construcción de sus propias alternativas de vida al margen de la política institucional.

En efecto, durante la vigencia del neoliberalismo, los sistemas políticos tradicionales se desprestigiaron por completo; así, las llamadas democracias de los países de la región pudieron verse tal y como en realidad eran: simples regímenes político-electorales vacíos de contenido. Es decir, gobiernos de todos los signos políticos y gobernantes sin ningún interés en satisfacer las necesidades básicas de las poblaciones supuestamente representadas, ávidos de sacar provechos personales y de grupo, y de seguir favoreciendo los intereses del gran capital a través de políticas amparadas en el falaz discurso de “la promoción del desarrollo”.

La constante de los gobiernos ha sido el incumplimiento de sus innumerables y reiteradas promesas, lo que se ha puesto aún más en evidencia por el contraste con el aumento de la desigualdad y la franca polarización de las sociedades, con la criminalización de la pobreza y de la protesta, con la aplicación de políticas represivas y autoritarias; carácter que se ha ido acentuando cada vez más con las reformas que han sufrido (propuestas, decretadas y aprobadas por los “representantes del pueblo” y validadas por las supremas cortes “de justicia”).

Se evidenció aún más la simbiosis entre el poder económico y el político; se extendió la corrupción en las esferas estatal y privada; se llevaron a cabo la mercantilización y privatización de los espacios públicos; se amplió el despojo y la recolonización del acceso y el control de los bienes comunes, llamados “estratégicos”; se validó la creciente ocupación militar y paramilitar del territorio; se ratificó la total subordinación de los gobiernos, del nuestro y otros más, a los

intereses económicos y geopolíticos de Estados Unidos, en particular, aunque todos –en términos más amplios– a las necesidades y demandas de las grandes empresas transnacionales.

Algunos autores enfatizan, además, que la aplicación del paquete de políticas neoliberales ha tenido fuertes efectos regresivos sobre las condiciones de vida de los pueblos de la región, pues aumentó la inflación, se agudizó el deterioro de las condiciones salariales y de empleo, se incrementó el desempleo y la pobreza, devino el estancamiento económico con más endeudamiento externo e interno, las privatizaciones y una mayor subordinación a los centros de poder. En el terreno sociopolítico y cultural, una de las consecuencias más importantes fue la reducción, o de plano destrucción, de subjetividades para pensar y actuar las alternativas de organización y de vida (Gambina, 2010).

Es en este contexto, desde hace algunos años en México y América Latina, una parte cada vez más importante del debate en el ámbito del pensamiento social se ha desarrollado en torno a la necesidad de construir alternativas. Aunque la discusión no es nueva, podríamos decir que hasta cierto punto se reanimó después de un largo periodo en el que pareció asumirse que las posibilidades de transformación de la sociedad habían sido definitivamente derrotadas.

Consideramos que uno de los primeros aspectos que exige el análisis y la elaboración de alternativas de vida, se relaciona con las propias consecuencias devastadoras del funcionamiento del sistema capitalista –ahora en su fase de globalización neoliberal–, sobre sectores cada vez más amplios de la sociedad y que los tienen, junto con el planeta entero, muy cerca de desaparecer. Frente a tal brutalidad, la reflexión sobre las alternativas, pero sobre todo su puesta en marcha como prácticas cotidianas, se convirtió en un asunto de importancia vital.

Una segunda razón que en parte ha reanimado la discusión de este problema en ámbitos académicos y políticos de México y otros países de América Latina, tiene que ver con la exigencia que desde las posiciones conservadoras se plantean al discurso crítico para que, al mismo tiempo que critica, formule las vías de solución para las problemáticas de la realidad social que analiza, descalificando la pertinencia de sus críticas si no lo hace así. Esto ocurre también desde posiciones “progresistas” que consideramos se ubican en el ámbito de la política institucional (de partidos y lucha por el poder del estado), como la de Emir Sader, quien fue secretario Ejecutivo de CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales), pues en 2007 afirmaba que:

El campo popular latinoamericano y el pensamiento crítico han mostrado su capacidad de resistencia. Hay que celebrarlo. Pero necesitamos medirnos con las nuevas demandas y no sólo con los problemas que se han podido superar. Hemos desarrollado una gran capacidad de defensa, denuncia, crítica, de polémica. Pero tenemos que preguntarnos qué tanto hemos avanzado en la elaboración de alternativas. Y la respuesta no es del todo positiva (*La Jornada*, 2007).

Un tercer aspecto que no se puede obviar, se relaciona con el hecho de que en el campo del pensamiento social profesional (académico, universitario), hablar de las alternativas también se puso de moda; lo cual garantizó recursos para la investigación, para la organización de congresos y publicaciones de algunos académicos cuyas temáticas de conocimiento ya se habían agotado y, en consecuencia, estaban necesitando de “nuevos objetos”.

El cuarto elemento, que nos parece el más relevante, tiene que ver con las múltiples prácticas sociales que comunidades, grupos, barrios y familias han desplegado ante la necesidad de preservar la dignidad y la vida, y con la voluntad de una parcela del pensamiento

social de mirar y dar cuenta de esas realidades –unas más visibles y otras menos–, de sujetos que han ido avanzando con determinación, aunque no sin problemas y contradicciones, en la construcción de alternativas.

Sin embargo, se sigue dando un desfase entre esas prácticas de los sujetos concretos, sean movimientos, grupos, organizaciones o sociedades enteras, y las reflexiones que sobre ellos se formulan desde el pensamiento social, por lo que se vuelve indispensable intentar subsanarlo, tal como lo ha señalado Hugo Zemelman (1997), quien apunta que son los imperativos ético-políticos vinculados a la pregunta de ¿para qué?, y el horizonte utópico, que se relaciona con la pregunta ¿desde dónde?, los que ayudan a entender, y en todo caso superar, tal desfase.

Podríamos decir que, después de un largo periodo de postración en el que algunos de los principales señalamientos al pensamiento crítico se centraron en la vaguedad e inconsistencia de las propuestas emancipadoras, empezó a fortalecerse un imaginario que alude a la necesidad de recuperar las utopías y de alimentar la esperanza, de terminar con las terribles limitaciones que en todos los ámbitos de la vida ha impuesto no sólo el neoliberalismo, sino la sociabilidad capitalista a la gran mayoría de los pobladores de la región.

En este escenario de reposicionamiento que los sujetos sociales están abriendo, hay una cuestión a la que tendríamos que dar respuesta si se plantea que el problema que enfrentan las poblaciones latinoamericanas tiene que ver sólo con las terribles consecuencias sociales del modelo neoliberal, pues lo que se derivaría de esta afirmación es que, implícitamente, se está aceptando que la elaboración de alternativas puede ser, o de hecho es, compatible con el mantenimiento del sistema capitalista.

Entonces, ¿qué es lo que hemos venido entendiendo por neoliberalismo o por aplicación del modelo neoliberal, y por qué creemos

que podemos separar su análisis del funcionamiento del sistema capitalista en su conjunto?; esto es, ¿con base en qué elementos hablamos de cada uno de ellos como si se tratasen de dos realidades diferentes? Para responder estos cuestionamientos hay que abandonar la idea de que la construcción de alternativas al neoliberalismo debe realizarse, fundamentalmente, dentro de los marcos y bajo los mecanismos que nos proporciona el mismo sistema político, económico y social, asumiendo un pensamiento anticapitalista que tiene claro que el neoliberalismo no es sino una expresión histórica del mismo proceso capitalista.

A decir de autores como Wolfgang Fritz (2007) “la crítica *al* capitalismo nombra lo que es malo *en* el capitalismo para lograr cambios inmanentes, mientras que el anticapitalismo quiere superar el capitalismo”. En estrecha relación con esto se puede señalar que respecto de las alternativas lo que está en cuestión es nada más y nada menos, que la necesidad de crear un mundo no capitalista: cambiar este mundo decidido por otros –sus beneficiarios–, a costa de nuestras vidas, por un mundo en permanente proceso de autoconstrucción, autonomización, auto-organización, autogestión, decidido por nosotros-nosotras.

II

En México, desde la política “real” de las instituciones políticas y sus clases dirigentes: los poderes republicanos; gobiernos de los tres niveles; partidos políticos con sus estructuras de dirección y control; sectores burocráticos públicos y privados, que ejercen en todos los ámbitos sus más grandes o más pequeñas cuotas de poder político, presupuestal y económico; y, grupos de academias e intelectuales a sueldo, cuya labor es justificar lo injustificable (y proponer incansa-

blemente “la necesaria mejora de la gobernabilidad democrática”); entre otros; se responde siempre con estupidez, ya sea en forma demagógica, mentirosa y/o cínica; en forma de limitados programas, proyectos y acciones políticas; en forma de arte y cultura “a modo”, o de explicaciones y recomendaciones de solución “científicas, responsables y realistas”; o, también, cada vez con mayor frecuencia, la respuesta es la “inevitable” violencia, incluidas desaparición, cárcel y metralla, bajo la excusa de pretender defender el, sabemos, inexistente “estado de derecho”. Ésas son las “salidas” que desde el poder se ofrecen a los reiterados reclamos que distintos grupos de la sociedad formulan frente a tanta corrupción, impunidad y crimen; tanta complacencia hacia los que más tienen, que siguen siendo los favorecidos de siempre; y por tanta y tantas violencias, con las que se pretenden acallar sus voces de descontento.

Del otro lado, el de una buena parte de los pueblos indígenas de este país, del de amplios sectores campesinos, barriales, obreros, estudiantiles, de jóvenes desempleados y sin acceso a educación, de diversidades sexuales, etc. (en todos ellos con una gran participación de mujeres), los procesos referidos anteriormente de degradación de la política institucional con su defensa entendible, pero injustificable del régimen de acumulación, junto con el desastre nacional que han ocasionado, se enfrentan, primero, con la crítica y la generación de una necesidad de cambio, e inmediatamente después, con prácticas cotidianas que buscan crear, de hecho crean, formas distintas de hacer política, aunque muchas veces atravesadas por el antagonismo y la contradicción.

Al respecto, podemos referir uno de los ejemplos que consideramos como de los más significativos en México, que en estos momentos es imprescindible e importante destacar, no sólo porque se constituye en uno de los pocos espacios que desde hace más de veinte años ha estado insistiendo en la necesidad y la urgencia de

crear autonomía y auto-organización, sino, también, porque se atreve a evidenciar y desafiar, con sus prácticas otras de hacer política, el terrible desastre que significa el capitalismo como forma de organización social por sus insostenibles expresiones en la degradada política institucional y por todos los aspectos negativos que sigue acarreando para la vida de la mayoría de los habitantes de este país y de sus territorios. El Congreso Nacional Indígena (CNI) inspirado en la experiencia zapatista, propone, además de la rotación constante en los cargos por los que no se recibe ninguna retribución, siete principios políticos del autogobierno para los pueblos:

1. Servir y no servirse.
2. Construir y no destruir.
3. Representar y no suplantar.
4. Convencer y no vencer.
5. Obedecer y no mandar.
6. Bajar y no subir.
7. Proponer y no imponer¹.

Estos principios son todo lo opuesto de lo que significa la política institucional basada en el abuso, la destrucción, la suplantación, la dominación, el mando y subordinación de las mayorías, desde la jerarquía y autoritarismo, por una minoría, y la imposición.

La creación, expansión y consolidación de los procesos de autonomía son un horizonte político que está en la base de los proyectos organizativos y autogestivos de los pueblos agrupados en el CNI, pero también dicho horizonte está presente como práctica político-organizativa en muchos otros espacios sociales; autonomía entendida como proyecto, siempre abierto e inacabado, de autodeter-

¹ Ver página web del Congreso Nacional Indígena, sección "¿Qué es el CNI?".

minación, de auto-gobierno y de autogestión integral de la vida toda, que permitirá ir construyendo –no sin contradicciones–, la transformación social y una sociedad en permanente búsqueda de emancipación.

La autonomía la entendemos aquí a partir, precisamente, de las prácticas de comunidades, colectivos, grupos, organizaciones de todo tipo, etc., que ya la están prefigurando a partir de su ejercicio cotidiano. No es un estado que hay que producir, ni un lugar al que hay que llegar, es un proceso siempre inacabado, siempre perfectible, cuyo fundamento son esos momentos de autodeterminación tan importantes para la colectividad, a partir de los cuales se deciden sus propias normas, su propio gobierno, sus maneras de resolver necesidades de todo tipo (para alimentarse, sanarse, educarse y, en general, para vivir la vida con dignidad en su espacios y territorios). Con base en estas experiencias, el debate en torno de los diversos significados de la noción de autonomía se abre a partir de que se clarifica el compromiso ético-político que está en su base, porque de lo que se trata es de construir un mundo sin capitalismo.

Las posibilidades de captura, cooptación, regulación, control, fragmentación y disolución de las prácticas sociales inspiradas por la crítica y orientadas hacia la transformación social son mucho mayores si éstas se expresan dentro de los marcos institucionales y normativos (de la política, la economía, etc.), propuestos por el propio sistema a través de los mecanismos de participación establecidos dentro del ámbito estatal; que es entendido como el espacio por excelencia en el que se lleva a cabo la política institucionalizada y en donde se canalizarán y ordenarán los conflictos a través de mediaciones políticas que buscarán acotar los espacios en los que se despliegan los movimientos. Es por ello que resulta evidente la urgencia de realizar cotidianamente prácticas autónomas que nos permitan organizar y gestionar nuestras vidas de acuerdo a lo que consideramos necesario

y bueno para ellas, y que al mismo tiempo respete a la naturaleza, quien es considerada madre de toda la vida.

No podemos simplemente aceptar que nuestras posibilidades de autodeterminación tienen que plegarse a las formas de la democracia representativa, participativa o deliberante, pues esas formas generan efectos organizativos profundos sobre la sociedad, ya que dicha capacidad de organización se relaciona directamente con las necesidades de los principales agentes del capital: la empresa, el mercado y el Estado capitalista en el ámbito político. Además, para Alicia Hernández (2008) en ambos formatos de representación ocurre que:

- a) Los representantes tienen que convencer a los representados de que realmente los representan.
- b) Se da un desplazamiento del espacio político, reservando y acotando acciones entre dirigentes y dirigidos, fortaleciendo las instituciones políticas y reproduciendo los aparatos de dominación.
- c) El gobierno representa la separación que crea las condiciones de gobernabilidad a través de procedimientos instituidos y normados jurídicamente.

Así, se da una escisión entre sociedad y Estado que pretende ser resuelta por la representación en la medida en que ésta supuestamente aparece como una vía hacia la plena democratización (Hernández, 2008: 5).

El planteamiento formal de la democracia representativa sostiene que es necesario que el ciudadano efectivamente se transforme en un actor real del proceso político, y que su participación favorezca la reducción de las desigualdades sociales y permita extender los princi-

pios democráticos a todos los ámbitos de la sociedad (Katz, 2007: 12). Sin embargo, dicho planteamiento deja de lado los obstáculos que el propio sistema capitalista interpone para impedir que eso suceda.

Al respecto Claudio Katz señala que “la democracia participativa solo despierta la conciencia radical de la población cuando resiste y denuncia la tiranía del capital. Al renegar de este propósito se transforma en un instrumento de preservación del orden vigente” (2012: s/n).

El acotamiento de la acción de los sectores populares y la garantía del predominio de los intereses de las clases dominantes son perfectamente compatibles con iniciativas de referéndum, revocación de mandato, transparencia y rendición de cuentas; no obstante, se dan bajo los esquemas de control y canalización institucional de la participación ciudadana, pero estos instrumentos no suelen ser utilizados con connotaciones antisistémicas (Katz, 2007: 13).

Se podría pensar que a través de la participación popular es posible intentar reivindicar a la política institucional, la cual en el neoliberalismo profundizó su desprestigio a través de engaños, desilusión, corrupción, prebendas y enriquecimiento personal; sin embargo, la participación ciudadana no alcanza para romper prepotencia, impunidad e indiferencia características del funcionamiento del sistema político, y que inyecta miedo, miseria y frustración en la población (Esteva, 2008).

Cuando se habla, entonces, de la necesidad de construir alternativas políticas distanciándonos de las trampas de la representación y la participación en los marcos institucionales controlados, que reproducen la separación política y el esquema dirigentes-dirigidos, dominadores-dominados, significa reconocer las manifestaciones de una buena cantidad de acciones que rompen con estas separaciones y esquemas, pues éstas existen ya como prácticas más o menos extendidas o acotadas, según sea el caso, por lo que habría que reflexionar sobre ellas a partir de algunas consideraciones generales.

PRIMERA. Ésta tiene que ver con la necesidad de muchas de esas experiencias de separarse de los ámbitos de la política formal, institucional, de los espacios para el ejercicio tanto de la democracia representativa como de la democracia participativa, de expresarse al margen de las instituciones políticas como los partidos y el Estado.

SEGUNDA. Si el propio Estado forma parte de las relaciones de dominación, subordinación, explotación y despojo de las clases populares ¿por qué insistir en que la ampliación de la democracia participativa garantizaría lograr una sociedad más equitativa, cuando en realidad no existen posibilidades de transformar cualitativamente desde dentro al Estado capitalista?

TERCERA. La posibilidad de construir otras formas de relación política y social, y de resolver las necesidades de comunidades, grupos, organizaciones o sociedades movilizadas, no pasa por el fortalecimiento de la participación popular en las instancias formales, institucionales, estatales, en las que aparentemente tendrían que expresarse. Esto sólo se logrará en la medida en que se difundan y se promuevan otras formas de relación política que ya se están experimentando en distintas partes de América Latina, en las que la autonomía, la autogestión, la auto-organización (auto-emancipación, autoproducción) sean las que rijan las dinámicas colectivas.

CUARTA. Existen realidades de la vida colectiva que, según Zibechi (2004), es en las que se cuece el cambio social de largo aliento: lejos de la mirada estatal es donde se invierten y subvierten valores, se ensayan discursos, se construyen formas de resistencia, se fortalecen vínculos solidarios y fraternales, se despliegan dinámicas temporales y territoriales propias y distintas a las del capital; o sea, en donde se crea comunidad.

QUINTA. Siguiendo a Holloway (2007: 80-81), hay que señalar que la creación de un mundo digno significa abolir el capitalismo y no solamente cambiar las políticas de los gobiernos, pues el Estado está

completamente integrado en la totalidad de las relaciones sociales capitalistas y sería muy difícil que actuara en contra de la rentabilidad del capital. Por tanto, sigue Holloway, necesitamos desplegar una “antipolítica de la dignidad” en la que pasemos de la negación del mundo que nos niega, a la afirmación de nuestra autodeterminación a través del despliegue de prácticas que rompen el espacio-tiempo de la dominación. La autonomía, entonces, no es un lugar o un estado al que hay que llegar, sino esos momentos de ruptura, esas grietas y sus movimientos hacia la expansión y la confluencia, en los que somos exclusivamente nosotros los que decidimos lo que necesitamos y lo que es bueno y deseable (Holloway, 2011).

III

La construcción y despliegue de alternativas de vida son urgentes porque nos encontramos en un momento en el cual continuar por el mismo camino significa dirigirnos hacia nuestra auto-destrucción, ya que el capitalismo es un sistema de violencia, guerra, muerte, exterminio, y todos participamos de una u otra forma en su reproducción.

Pero, al mismo tiempo que reproducimos, muchas personas nos rebelamos, resistimos, luchamos y afirmamos nuestra autodeterminación a través de múltiples acciones que rompen con la lógica de la dominación, de la explotación, del desprecio, de la separación, de la ganancia y la muerte.

Pueblos, comunidades, organizaciones, grupos, familias, barrios e individuos sociales, en México, América Latina y muchas otras partes del mundo, están involucrados en procesos que buscan construir alternativas de vida para crear otro mundo sin capitalismo. Un mundo en el que puedan generarse procesos permanentes de autodeterminación, autogobierno y autogestión integral de la vida

para la resolución de nuestras necesidades, desde nuestros propios deseos y criterios. Un mundo otro en el que se dejen atrás las prácticas nefastas de la política institucionalizada y en el que la autonomía, como proceso abierto, inacabado y en constante creación, sea el horizonte hacia el que caminemos con alegría y dignidad.

Bibliografía

- ADAMOVSKY, Ezequiel *et al.* (2011). *Pensar las autonomías. Alternativas de emancipación al capital y al estado*. México: Bajo Tierra Ediciones-Sísifo Ediciones.
- CNI (s/f). *Qué es el CNI*. (Consultado el 10 diciembre 2017). Disponible en <https://www.congresonacionalindigena.org/que-es-el-cni/>
- ESTEVA, Gustavo (2008). "Ilusiones democráticas". En *La Jornada*, 5 de mayo. México.
- ESTEVA, Gustavo, *et al.* (2007). *Los Movimientos sociales y el Poder*. Guadalajara, Jalisco: La Casa del Mago.
- FRITZ HAUG, Wolfgang (2007). "Sobre la dialéctica del anticapitalismo". En *Seminario Internacional de Pensamiento Crítico: Teoría y Praxis política latinoamericana*. 22 al 26 de octubre. México: UNAM.
- GAMBINA, Julio C. (2010). "La crisis de la economía mundial y los desafíos para el pensamiento crítico". En *Las crisis capitalistas y sus alternativas. Una mirada desde América Latina y El Caribe*. Buenos Aires: CLACSO.
- _____. (2013). *Crisis del capital 2007-2013: la crisis capitalista contemporánea y el debate sobre las alternativas*. Buenos Aires: Fundación Investigaciones Sociales y Políticas, FISyP.
- HERNÁNDEZ DE GANTE, Alicia (2008). *La representación política como forma de dominación en el contexto neoliberal*. Disponible en <http://www.rcci.net/globalizacion/2008/fg725.htm>.

- HOLLOWAY, John (2007). "México, Argentina, Bolivia: el nuevo mundo posible". En *Los movimientos sociales y el Poder*. Guadalajara, Jal., México: La casa del Mago.
- _____. (2011). "Las grietas y la crisis del trabajo abstracto". En *Pensar las Autonomías. Alternativas de emancipación al capital y al estado*. México: Bajo Tierra Ediciones-Sísifo Ediciones.
- KATZ, Claudio (2007). "Interpretaciones de la democracia en América Latina". En *Revista Rebelión*. (Consultado el 23 de julio). Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=53992>.
- _____. (2012). "Estrategias socialistas en América Latina". En *Ciudadanía y Política. Contribuciones para el proceso constituyente*. (Consultado el 15 de diciembre de 2017). Disponible en <https://ciudadaniaypolitica.wordpress.com/2012/09/12/estrategias-socialistas-en-america-latina-claudio-katz/>.
- LA JORNADA (2007). "América Latina rumbo al posneoliberalismo". En *La Jornada*, 10 de noviembre. México.
- ZEMELMAN, Hugo (1997). "Sujetos y subjetividad en la construcción metodológica". En Emma León y Hugo Zemelman (Coords.), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Barcelona: Anthropos, CRIM-UNAM.
- ZIBECHI, Raúl (2004). "El otro mundo es el 'adentro' de los movimientos". En: *Revista Electrónica La Fogata y Rebelión*. (Consultado el 4 de agosto). Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=2888>.

